

41°36'09"N

Estoy aquí, en el de siempre,
sentada en nuestro banco antiguo,
el que está frente al árbol verde
y al quiosco donde aún hay higos.

No sé si sigue siendo nuestro,
si el banco guarda lo que fuimos,
pero el respaldo, algo más recto,
parece echarte aún de menos.

Aquí la brisa huele a pan,
las campanas marcan la jornada,
y Carmen, desde su ventana,
me lanza un guapa cada mañana.

Ella, que sigue fiel en su esquina
con su bata rosa de felpa fina,
me llama cariño, como hacías tú
cuando el otoño era menos azul.

Estoy aquí, sin ti, lo juro,
junto al olivo de tronco duro,
donde el primer beso, tan tierno,
supo a limón y a algo furtivo.

Te acuerdas tú? Porque yo sí.
La fuente hablaba, tú reías.
Yo te juré quedarme aquí
aunque se fueran cien mil días.

Estoy aquí, sin tu calor,
pero ya no hay vacío ni drama.
El eco suena en mi interior,
y yo contesto con suspiros.

No me falta el alma ni el aliento,
porque este pueblo es mi sustento.
Los niños juegan al escondite,
y algún tractor cruza el chiringuito.

No hay cine, pero hay estación.
No hay Zara, pero sí corazón.
No hay centro comercial ni estrés,
pero sobran charlas y buen café.

El tren silba en la estación,
y me detengo recordando
cuando pensé que aquello era amor.

Hoy sé que fue algo bonito,
pero fugaz, como un suspiro.
Lo nuestro fue como un mitin:
mucho aplauso, poco asiento.

Y aunque al principio me dolía
volver al banco sin tu abrigo,
hoy me acompaña la alegría
de haberme vuelto a mí conmigo.

Así que vuelve, si te atreves,
antes que el toro te persiga,
porque aunque el banco esté más solo,
aún guarda espacio en su barriga.

Aquí las penas van al pilón,
las curan fuegos y botijos.
Y si no vuelves, no hay rencor.

No pasa nada, de verdad.
Yo me quedo con la charlada
de la vecina que me dio consuelo
cuando lloré bajito bajo el cielo.

Porque tú fuiste un amor bonito,
pero mi pueblo...
ese sí que es infinito.

Escribí este poema porque necesitaba sacar algo que llevaba dentro desde hacía mucho tiempo. A veces pasa: vuelves a un sitio que fue especial para ti, y aunque han cambiado muchas cosas, otras siguen ahí, esperándote, como si no hubiera pasado el tiempo. En mi caso, ese lugar es un banco concreto de mi pueblo. Un banco que me recuerda a alguien que fue importante, sí, pero también a quien soy yo ahora.

El poema salió casi solo, sin pensarlo demasiado. Me senté a escribir y dejé que los recuerdos y las sensaciones me llevaran. No seguí una estructura fija ni una métrica cerrada, pero sí quise cuidar el tono. Quería que fuera tierno, algo irónico en momentos, pero sobre todo sincero. Mi intención era que quien lo leyera pudiera sentirse identificado, como si ese banco también pudiera haber sido suyo alguna vez.

Creo que encaja muy bien en el concurso “¡Qué bello es vivir... en mi pueblo!” porque habla de eso que muchas veces no se dice: que los pueblos no solo son lugares donde crecemos o vivimos cosas importantes, sino también refugios que nos cuidan cuando algo duele. En el

poema hay amor del pasado, sí, pero también hay pan recién hecho, vecinas que te llaman guapa desde la ventana, niños jugando, y ese ritmo tranquilo que te ayuda a respirar hondo otra vez.

Elegí este texto porque es muy mío, muy de verdad. No cuenta una historia espectacular ni busca grandes fuegos artificiales, pero creo que tiene algo que puede emocionar: una verdad sencilla. Para mí, eso ya es mucho. Es una forma de decir que no hace falta marcharse a ningún sitio para vivir cosas grandes. A veces lo más grande está justo donde siempre ha estado.